

La gruta

ERIKA JUSEPPE

“ No traigo látex”, dudó Augusto, “No importa, esto es rápido, además es muy temprano, ni siquiera es de noche, ¿eres gay o qué?”; y como nunca hay que decirle que no a una mujer ganosa, Augusto entró al lugar y entre los dos pagaron una habitación. Claudia fue la primera en desvestirse. “¿Por qué te urge tanto eh?”, “¡Ni al caso, Augusto! Y si no quieres mejor nos vamos”, “¡Ni madres!”, interrumpió Augusto, “Ya pagamos y ahora te aguantas, si calientas el agua, te metes a bañar mi reina”, y a la primera embestida del miembro firme y joven de Augusto, se prendieron las luces del lugar y empezaron a sonar las escandalosas sirenas de las FF, las Fuerzas Femeninas. Dos mujeres tiraron la puerta, los sacaron desnudos de la cama y los esposaron, “Un año tras las rejas”, dijo una de las mujeres mientras los empujaba al suelo, “Putra madre”, chilló Augusto, “Te dije, pinche vieja”. “A ver, a ver, a ver, ¿estaban teniendo relaciones sin preservativo? ¿Acaso ganan más de 20 mil al mes cada uno?”, “No, Comandanta”, contestó Claudia, mientras tomaban sus huellas digitales y revisaban sus identificaciones. “Estudiantes para variar, ¿por qué demonios no hacen lo que tienen que hacer, en lugar de estar perdiendo el tiempo en lugaritos como éste?, Comandanta Kunn, cheque sus historiales académicos, probablemente haya que revocarles la licencia de estudiantes o, incluso, el derecho a estudiar”, “No Comandanta, le aseguro que está equivocada, mantenemos el promedio que el

Estado solicita”, “No sabíamos que las disposiciones del Estado tenían estos alcances, Comandanta”, “¡Silencio! Hay un Reglamento señores: todos los ciudadanos, de todas las edades, deberán usar el preservativo sin excepción, a menos que puedan comprobarse ingresos mínimos de 20 mil pesos mensuales, por individuo. En caso de que no puedan comprobarse tales ingresos y el individuo no haga uso del preservativo, dicho individuo se hará acreedor a un año de prisión, sin derecho a fianza”. “Las FF están en todos lados, no pueden darse el lujo de intentar pasarse por encima del Estado y esperar que no haya consecuencias graves”, sonrió la Comandanta.

“Ciudadanos, en este Vigésimo Tercer Informe de Gobierno, me es muy grato hablar, en primer lugar, de la disminución de los índices de criminalidad, incluidos los crímenes por violación, pues, gracias a la implementación del Programa ‘Extremidad por Delito’, más de dos mil delincuentes y violadores han perdido las dos manos hasta el antebrazo o las dos piernas hasta la rodilla, en el caso del hurto, y, por supuesto, el miembro y un testículo en el caso de los violadores: éste ha sido un magnífico remedio contra los reincidentes, ya que, gracias a la falta de la extremidad correspondiente, no ha sido posible que vuelvan a cometer algún delito...”, “Apaga esa mugre, Esteban, escuché ruido, ¿habrán venido por alguien? Creo que fue en el hotel de aquí al lado...”; “Han de ser las FF cumpliendo con su deber, ¿para eso quitaste el informe, madre?”, “¿Para qué escuchar lo que vivimos todos los días? No tiene



Lourdes Domínguez

caso, Esteban”, “¡Pero qué dices madre! La verdad es que la vida que llevamos desde que Ella llegó al poder...”, “Desde que se impuso en el poder”, interrumpió su madre, “Es la mejor vida que puede existir”, continuó con tono disgustado Esteban, “Por algo es que lleva tanto tiempo siendo la guía de este país, hay orden, justicia, ¿qué otra cosa puedes pedir, madre?”, “Lleva tantos años porque el Congreso es un cero a la izquierda, no cuenta, ¿es una vil parafernalia ésa que estábamos viendo, hijo!”, “Y ¿de cuando acá el pueblo sabe lo que quiere y le conviene? y ¿sabes qué? mejor ya me voy porque me fastidias con esas cosas”, gritó Esteban y azotó la puerta al salir. “¡Bah! ¿Qué puede saber una mujer del siglo pasado como ella? Tal vez ya sea tiempo de mandarla al albergue para ancianos”, pensó, “Definitivamente los ancianos no piensan claramente, insisten en puras necesidades, estorban, no hacen más que estorbar”.

Mientras más pasos daba sobre la acera, más se admiraba Esteban del orden que había desde que Ella se había pro-

clamado presidenta: ni una sola pared rayada con graffiti, más árboles que carros, ni un limosnero en las esquinas, ni payasos ni tragafuegos, al fin, Ella había puesto al mundo en su correcta dimensión, qué importaba si la dimensión correcta era la cárcel o la tumba; con las FF se había desecho de todas las ratas de alcantarilla que no hacían más que desangrar al país. “Ojalá pudiera formar parte de las FF y estar cerca de Ella, formar parte del círculo de honorables vasallos del Gobierno... si no fuera por este inmundo rostro maltrecho y este maldito cuerpo deforme, tal vez en este momento estaría a su derecha, sería el Teniente Coronel Esteban R. González, no, me cambiarían el nombre en honor a mis servicios, como a todos los servidores públicos, sería el Teniente Coronel Pratzinger... o algo así”.

Un enorme edificio al final de la calle, blanco y pulcro, rodeado de plantas verdes y azules, “Trámites” leía la placa de la entrada. “Su identificación, por favor”, “Esteban R. González, investigador de la Universidad del Estado”, “Bien Señor González, según los registros del sistema, su madre tendrá 70

años el próximo mes y usted no ha tramitado su ingreso al albergue; según la legislación vigente, toda persona de 70 años o mayor a 70 años deberá ingresar al albergue para ancianos del Estado, de tal forma que su vejez no cause daños secundarios a la nación”. “Lo siento señorita, la verdad es que no tengo en mente la fecha del cumpleaños de mi madre, ése es un dato que el Estado conoce mejor que yo”, rió Esteban; “Pues, aparte de que por ese detalle se ha hecho acreedor a una multa Sr. González, necesito que firme en esta hoja de conformidad para que los agentes especializados puedan pasar a recoger a su madre pasado mañana y la remitan al albergue”, dijo la mujer del mostrador fijando la mirada en el rostro deforme de Esteban, el tipo era lo más aberrante que le podía haber sucedido al paisaje: jorobado, artrítico, los dientes rotos y pintados de nicotina, un muñón de oreja... el escalofrío estaba a punto de encoger de hombros a la mujer del mostrador, Esteban subió el tono de voz, “Pero, señorita, ni siquiera sé cómo funciona el albergue...”, “¿No ha leído la información que le llega por correo electrónico, Sr. González?”, dijo la mujer haciendo todo lo humanamente posible por dirigir la vista al monitor y no al muñón, “Ésa sería una multa muy alta y probablemente le revoquen la licencia de investigador por ese motivo”, “¿No señorita, cómo piensa usted eso! Yo todos los días cumplo con mi deber de ciudadano, lo que quiero saber es lo que no dice la información que envían, como, ¿en dónde se encuentra el albergue? ¿Cuándo podré visitar a mi madre? Etcétera”, “Señor, González”, dijo la mujer tratando de contener las náuseas provocadas por la macilla amarillonecrosa de los dientes de Esteban, “Digamos que su madre no podría ir a ningún otro lado que no fuera un lugar mejor, ¿o acaso duda de las políticas de Estado?”, el olor fétido del aliento de Esteban obligó a la mujer a voltear la mirada hacia el bote de basura. Sin decir nada más, Esteban firmó la hoja y se marchó. La mujer del mostrador corrió hacia el bote de basura y allí, de rodillas y con la cara dentro del bote, vomitó.

A unas cuerdas después del edificio de Trámites se encontraba el penal número catorce, sus murallas grises eran tan altas y gruesas que podían distinguirse a varios metros de dis-

tancia. “¿Sabes lo que les hacen a las mujeres que no usan preservativo y no ganan 20 al mes? ¿Lo que no está escrito en las leyes de mierda que publican en su pinche Diario Oficial esos cabrones?”, dijo una de las reclusas de uniforme fucsia, “Ni me digas”, contestó Claudia, “Y mejor nos callamos, no vaya a ser que nos agarren hablando así y me jodan más de lo que ya me jodí solita”, “Todavía hay más, madrecita, ¿ya sabes que tu prueba de embarazo marcó positivo? Escuché que te van a mandar a La Gruta, no lo dijeron así pero lo sé, aquí adentro todas sabemos que existe, te van a mandar allá madrecita, lo veo en las caras de las Comandantas, cuando hablan de mandar a alguien a...”, “¿Qué carajos es eso?”, interrumpió escéptica Claudia, “Nadie sabe qué es, pero, estando aquí encerradas, no hay por qué llevarnos a ningún lado, no puede ser más que una mierda del Estado, una jodidez”, “¡Bah ésas son idioteces, puros estúpidos mitos!

“¿Señora Matilda H. González?”, “Sí, dígame Comandanta”, murmuró temerosa la anciana, “Tiene que venir con nosotras”, ordenó la Comandanta, enseñándole un papel parecido a una orden de aprehensión, “Pero, Comandanta, aún no cumplo 70 años, ¡no!, me niego a ir con ustedes”, dijo la anciana tratando de cerrar la puerta, “¡Esteban! ¡Esteban! ¡Me quieren llevar! ¡No!”, insistió en cerrar la puerta, pero la bota negra y el empujón de la Comandanta se impusieron a la debilidad de la vieja madre de Esteban. Cuando éste apareció en la escena, las Comandantas ya habían disparado un tranquilizante al cuello de la anciana, quien yacía en el suelo, retorciéndose y sollozando. “Sr. González, firme aquí, justo debajo del Sello Oficial del Estado y no en otro lado, por favor”, “Por supuesto, Comandanta y disculpe el comportamiento de mi madre, no se había enterado de que iría a un lugar mejor”, la Comandanta sonrió, los ojos de la anciana se cristalizaron, y, aunque no pudo hablar, expresó en su rostro, fermentado por los años, la melancolía que le ocasionaba el hecho de que su único hijo la hubiera entregado sin siquiera celebrar su último cumpleaños juntos. Las Comandantas subieron a la anciana a una camioneta enrejada, y cual costal de naranjas, la amontonaron en la parte trasera y cerraron las puertas. “Ya iré algún día de

estos a visitarla”, pensó Esteban mientras agitaba su mano retorcida en señal de adiós, “No es para tanto, es lo mejor, para qué queremos que estorbe en el transporte público, y genere gastos con sus achaques... aunque, viéndolo bien, ése puede ser su castigo por haber parido un hijo deforme que no puede ni siquiera servir a su Patria”.

Cuando la anciana abrió los ojos, vio a lo lejos un corredor blanco, una mujer pelirroja, esposada, vestía una bata azul. “Con que ya despertamos Matilda”, dijo una mujer vestida de blanco, “¿Es usted médico?”, “Aquí las Comandantas nos vestimos de blanco, para distinguirnos de las reclusas”, dijo señalando a la mujer de azul, “Y también para distinguirnos de los ancianos”. Matilda se incorporó y miró su bata amarilla, “¿Éste es el albergue?”, “Ésta, es La Gruta”.

“Traigan a Claudia Ramírez”, gritó una mujer de cubre bocas negro. La mujer pelirroja entró a una habitación cubierta de azulejos blancos, la deslumbró el exceso de luz que había adentro, herramientas oxidadas sobre una mesa plateada. “Perdón, pero, no entiendo nada, estoy detenida por haber cometido una falta a no sé qué artículo del Reglamento, no sé qué hago aquí, me trasladaron del penal”, “Efectivamente, acuéstese aquí, en un momento más vendrá la doctora”, “¿Doctora?”, tembló Claudia, quiso zafarse, “¡No! ¡Suéltenme!”, y entre otro par de mujeres la sujetaron a lo que parecía una cama de hospital, la amarraron de pies y manos.

Matilda alcanzó a ver de reojo a la mujer pelirroja que se jaloneaba y lloriqueaba y cuando trató de enfocar la mirada, se encontró con el golpe seco de una macana de metal, no terminaba de caer al suelo, con la vista nublada y los oídos zumbantes, cuando otro macanazo partió su cabeza en dos. Las Comandantas la arrastraron hacia una habitación llena de cuerpos de ancianos acomodados por montones, había amplias mesas de disección, un grupo de mujeres vestidas de uniforme caqui sacaba las negras vísceras de los cuerpos muertos, otro grupo las arrojaba a un inmenso pozo de desechos, hedor a heces, y otro grupo rellenaba las pieles arrugadas de los viejos con aserrín.

“¿Qué tiene que ver una falta administrativa con esto, doctora? ¡Soy estudiante y sé que tengo derechos!”, “Una ex estu-

dante en su situación no inspira más que asco, la justicia no es la culpable de las faltas que usted haya cometido, usted tuvo la oportunidad de elegir...”, “¡Pero no sabía que ello traería este tipo de consecuencias!”, interrumpió Claudia, “No sabía que me iba a pasar esto”, “De hecho, todavía no sabe qué es lo que le va a pasar”, dijo la doctora mientras le administraba anestesia local, “No ponga esa cara, usted va a estar perfectamente consciente de todo”. “Empecemos por abrir el abdomen bajo, bien, eso es, ahora voy a extirparle la matriz para que nunca más arriesgue a la Nación a tener que cargar con engendros que usted no puede mantener... créame, jamás volverá a tomar semejante riesgo”.

La doctora le arrancó de tajo un pedazo de carne rosada. Con sus manos de látex blanco, poco a poco, fue desprendiendo el resto de la carne; una de las trompas se atoró entre los rotos tejidos, y con unas pinzas percutidas, la doctora jaló la trompa con tanta fuerza, que el pedazo se estrelló en la pared y resbaló lentamente, como si se hubiera tratado de un tejido pegajoso que se rehusaba a caer al suelo. “Que se coma sus inmundos pedazos”, dijo la doctora al salir de la habitación, “Asegúrense de que se trague el embrión”.

“Tal vez vaya a visitarla en un par de días”, decía para sí Esteban, “Aunque, bueno, no es para tanto... caray, maldita costumbre”, y encendió la televisión, ‘Ciudadanos, debido a que el incremento de personas lisiadas... discapacitadas, –corrigió– implica el terrible riesgo de que la Patria se vea invadida por seres inútiles a la sociedad, el Estado ha decidido darle albergue a todas aquellas personas que carezcan de alguna extremidad, que padezcan enfermedades terminales o que tengan malformaciones. Las Honorables FF pasarán por todos y cada uno de los ciudadanos que estén en dichas circunstancias y los trasladarán a un albergue especialmente diseñado para ellos, allí pasarán el resto de sus días, sin tener que preocuparse por sobrevivir...’. Esteban enmudeció, no hubo necesidad de que estuviera su madre para decirle que apagara esa mugre, su corazón se detuvo un segundo, el timbre, “¿Señor Esteban R. González?”. 🐱